

periscopio

BEN

CARE SANTOS

BEN



edebé

© Care Santos, 2021

© Ed. Cast: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebé.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Diseño de la colección: Look & Book

Fotografía de cubierta: Shutterstock y Freepick

1.ª edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-683-5158-2

Depósito legal: B. 8407-2020

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Reina Duarte, porque sin ella
Ben no habría llegado a mayor.*

«No basta con decir la verdad.
Hay que demostrar la mentira».

Aristóteles

Voy a formularte una pregunta y quiero que pienses en serio en la respuesta.

¿Serías capaz de matar a otra persona?

Piénsalo bien. Concédete unos segundos de silencio para meditarlo.

¿Ya tienes una respuesta? Seguro que es categórica (es una pregunta que no admite ambigüedades). Y seguro que es muy interesante.

Veamos los resultados:

1) **NO.**

Es muy probable que esta sea tu respuesta. Es la de la mayoría de la gente razonable. Un «no» rotundo, drástico, incluso molesto. ¿Cómo puedo atreverme a dudar de ti? ¿Cómo puedo formular una pregunta tan insensata?

¡Felicidades! Eres un hipócrita. Y te queda mucho por aprender. De ti mismo y de los demás. ¿Nunca te has preguntado dónde están tus límites? ¿Qué pasaría si...? Ya eres mayor. Tal vez ya es hora de que te lo preguntes.

2) **SÍ.**

¿Has contestado «sí»? ¿En serio?

Tal vez seas un asesino en potencia. Deja todo lo que estés haciendo y vete a ver a un psicólogo.

3) **NO SÉ.**

Felicidades. La duda suele ser sinónimo de inteligencia.

¿Has pensado en la palabra «circunstancias»? ¿Tu cerebro ha proyectado para ti la palabra «depende»? Si es así, eres alguien que sabe que el mundo es un lugar difícil que se rige por normas difíciles. Alguien que comprende que nosotros casi nunca elegimos los límites. Y que a veces pasan cosas terribles que nos convierten en criaturas terribles. Monstruos.

Más allá de los límites de ti mismo, hay un monstruo dormido.

¿Qué tiene que ocurrir para que el monstruo despierte?

I

PUNTO DE PARTIDA

Cenizas

Esta historia comienza en un funeral. Uno muy deprimente. El muerto no llegaba a los 24 años y ha sido asesinado. Unos tíos que le odiaban decidieron matarlo a golpes. A su despedida solo han venido ocho personas. En primera fila se sientan su padrastro, Anselmo, con su mujer (Carmen) y el hijo mayor de esta, Marcelo, que también era el mejor amigo del difunto. Anselmo parece más afectado que su mujer, aunque a ella no se la ve precisamente feliz de estar aquí. Cuando el muerto aún estaba vivo, le temió más de lo que supo quererle. Otra cosa es Marcelo: él parece destrozado.

En el segundo banco se sienta un primo que en realidad no es primo de nadie y a quien han dejado salir de la cárcel para estar aquí.

Se llama Éric y cumple condena en un centro de menores por asesinato en primer grado. De él no hay duda de que lamenta profundamente lo que ocurre. A su lado está el policía que le acompaña, le custodia y no le pierde de vista ni un segundo.

Al fondo, se sientan dos tipos que a algunos les resultan familiares: son compañeros de las partidas de póquer que solían celebrarse, a altas horas, en el bar Carmen, cerrado solo para ellos. No se sabe muy bien qué hacen aquí. Tal vez son enviados de los Medina, que han venido a comprobar que todo esté en su sitio. O tal vez son de esos a quienes les gusta ir a funerales. En el mundo hay gente con gustos muy raros.

Más allá está Kevin, amigo, o más bien socio del difunto, a quien todos llaman Bola de Grasa. Por sus facciones totalmente inexpresivas, ocultas bajo unas gafas de sol, nadie sería capaz de deducir sus sentimientos, aunque, conociéndole, no deben de ser muy sofisticados. Nada en Kevin es muy sofisticado.

Y, por último, tenemos al cura, que pronuncia un sermón desganao en el que habla de las trompetas de Jerusalén y de los ángeles del

paraíso. También de quien en la vida se des-
vía del recto camino y toma uno equivocado.
Por supuesto, se refiere al muerto, a quien no
conocía. Por eso le llama Rubén en lugar de
Ben, que es como él quería que le llamaran.
Y por eso se equivoca cuando dice que fue un
cobarde al alejarse de las cosas buenas de la
vida. Si le hubiera conocido, sabría que Ben
podía tener muchos defectos, pero el de la
cobardía no era uno de ellos. Si Ben pudiera
escuchar este sermón lamentable, tal vez se
levantaría de su ataúd para atizarle un puñetazo
al señor cura.

Después del funeral viene la incineración.
Los dos compañeros de partida se han mar-
chado sin despedirse de nadie. Kevin se ha
acercado a Marcelo y ambos intercambian unas
palabras, que a juzgar por sus expresiones no
parecen muy amistosas.

Luego Éric va hacia Marcelo. Le gustaría
decirle muchas cosas. Siente que, de todos los
que están allí, es el único que le comprende.
Pero Marcelo no tiene ganas de hablar.

—Hola, Marcelo.

—Hola.

—Qué putada.

—Sí.

Un silencio incómodo y compartido que rompe Éric:

—¿Por qué no vienes un día a visitarme a la cárcel? El horario es de lunes a viernes, de nueve a...

—Ya veremos —le interrumpe Marcelo, a quien no le apetece conversar.

Kevin se acerca a despedirse de Carmen. Marcelo se aparta. No quiere tener que dirigirle de nuevo la palabra.

Así termina el encuentro. Todas las conversaciones.

Tras la marcha de Kevin, siguen tres horas de espera sin palabras. Ahora son solo cuatro personas. Marcelo mira al suelo todo el tiempo. A Éric le parece que hace esfuerzos por no llorar, pero quién sabe, nunca le conoció tan bien para saberlo. Su madre, Carmen, de vez en cuando le agarra de la mano, como si quisiera consolarle, pero él rehúye su contacto, se levanta, nervioso, y da unos pasitos por la habitación. Luego, vuelve a sentarse. Vuelve a mirar al suelo.

Y así hasta que sale un hombre con americana y corbata que lleva una especie de jarrón azul en las manos. Busca a quién entregárselo, pero nadie se muestra muy interesado.

—Tú le querías mucho —le dice Carmen a Éric—. Lo mejor será que lo tengas tú. A él le habría gustado.

Lo que a él le habría gustado es que no le mataran, piensa Éric, pero no dice nada. Ha tardado un poco en comprender que el jarrón contiene las cenizas de Ben.

Marcelo lo mira con ojos muy fijos, como si no pudiera creerse que esto haya ocurrido.

Éric no se atreve a decir que no quiere el jarrón, que es horrible, y que además en la cárcel no sabe dónde lo va a poner, y que aunque lo supiera no lo querría. Su tía se adelanta a todas estas objeciones:

—Te guardaré la urna hasta que salgas —le dice Carmen—. Prométeme que vendrás a por ella.

—¿Por qué no te la quedas tú, tía? —pregunta Éric.

Carmen niega con la cabeza, con toda su energía. Se acerca a él, baja la voz y le dice al oído:

—Yo no la quiero. Por mucho que le quisierais, ese chico era un monstruo. Siempre lo fue.

Éric querría contestar a su tía, pero teme que si habla se le romperá la voz. Tiene ganas de llorar. Recuerda las palabras de Ben: «La tristeza es de cobardes, trágatela, no sirve para nada».

Y contesta:

—Vale, tía.

De camino a la cárcel no puede dejar de pensar en algo absurdo y doloroso. Ben es ahora un jarrón azul. Ni siquiera sabe si le gustaba ese color. Se da cuenta, por primera vez, de lo poco que sabe de él. Fue la persona más importante de su vida y ni siquiera sabe cuál era su color favorito.

¿El negro, tal vez?

Ben solía vestir de negro.

Tenía un Scirocco negro.

El negro es el color de muchas cosas que le gustaban. La noche, el carbón de azúcar de los niños malos, los ositos de regaliz, el as de tréboles, el túnel del terror. También es el color de las pesadillas y —dicen— de la muerte.

¿Qué queda de aquellos a quienes quisimos, cuando han muerto?

Éric llega a una conclusión antes de que el coche se detenga frente a la puerta principal de la cárcel:

Nosotros. Quedamos nosotros.

Nuestra memoria, nuestros recuerdos. Lo que hagamos con ellos.